

EL ECO DE CARTAGENA.

Lunes 17 de Febrero de 1879.

LA ELECTRICIDAD.

La mejor conquista de este siglo es la «electricidad»; este agente silencioso, dócil y rápido mensajero, en cuyas alas vuela el pensamiento humano; foco de luz vivísimo y especie de sol en miniatura, que advierte los escollos al perdido navegante, los peligros que le rodean en los cuales puede perecer, agente industrial para la galvanoplastia, dorado y plateado; instrumento de investigación y análisis; recurso terapéutico supremo en ciertas dolencias; fuerza misteriosa en fin, que agita y transforma todos los cuerpos, que por todas partes se manifiesta y bulle. ¿Quién no ha experimentado una mágica emoción al ver iluminarse el horizonte de vivísimos y silenciosos relámpagos de luz azulada, que una culebrina desgarrando la nube y se oye repercutir el trueno, cuando no estalla súbita y estrepitosamente?

¿Qué es la electricidad? No lo sé, ni creo saberlo nunca. Ello es algo que no sé explicarme; algo que como la luz, el calor y el magnetismo nos son completamente desconocidos en su esencia; algo que creo distinto de la materia tangible; tampoco lo creo espíritu, porque así como éste, según los espiritualistas puede estar aislado de la materia, la electricidad, como toda fuerza, no se concibe aislada. La electricidad, sin un cuerpo que la produzca, sin un cuerpo en que se manifieste, es tan absurdo como una fuerza sin materia. Un cuerpo sin la fuerza molecular que mantiene en equilibrio sus átomos, es tan absurdo como un cuerpo sin electricidad (a lo menos en estado neutro.) La electricidad es algo como etéreo que acompaña todos los cuerpos; algo, en fin, que vivifica al mundo y que la limitada inteligencia humana no sabe definir.

Vemos sus efectos, estudiemos sus fenómenos; apoyémonos en hipótesis para formarnos idea de lo que es la electricidad; es un simple movimiento ó vibración que se propaga en forma de ondas por el misterioso fluido, sumamente elástico, llamado «éter», que llena todos los espacios intermoleculares é interplanetarios; un océano sin límites en que flota el Universo material, en que cada mundo representa una débil barquilla.

Así como el calor y la luz brotan ó surgen de la materia frotando violentamente un cuerpo contra otro, el eslabon contra el pedernal, el fósforo contra una superficie áspera y rugosa, de la misma manera se pro-

duce, se excita ó manifiesta la electricidad frotando una barra de cristal con un pañuelo de seda, por cuya acción el cristal adquiere una propiedad misteriosa de atraer los cuerpos ligeros, como filamentos de pluma, bolitas de médula de sauco y otra multitud por el estilo, y entonces se dice que estos cuerpos están «electrizados.»

De estos cuerpos «electrizados», unos á otros se atraen y otros se repelen; además, si acercamos al rostro la barra de vidrio, fuertemente electrizada, experimentamos una emoción particular, y si á la región frotada le acercamos la mano, salta una chispa de la barra á la mano y oyese un chasquido seco y característico. el fulgor azulado que la electricidad así excitada despide, y el chasquido que produce, se observa en la oscuridad muy fácilmente con solo pasar la mano por el lustroso lomo de un gato doméstico. A las pocas fricciones la piel se eriza y despide millares de chispas azuladas muy fugaces, acompañadas de una especie de crujido ó múltiple estallido incomparable con otro alguno.

Un cuerpo electrizado atrae á toda clase de cuerpos no electrizados y es atraído por ellos; pero también puede haber repulsión. De aquí la división de la electricidad en positiva, propia de los cuerpos vitriosos, y negativa, propia de los resinosos. La ley fundamental de la electricidad es que dos cuerpos cargados de igual electricidad se repelen, y los cargados de electricidades contrarias se atraen.

Por muchos físicos es admitida la siguiente hipótesis para explicar los múltiples fenómenos eléctricos: la electricidad positiva es un fluido sutilísimo ó principio material activo adherido á todos los cuerpos y difundidos por el espacio, y cuyas partículas se hallan en un estado continuo de repulsión recíproca y la negativa es otro fluido también universal, elástico y en estado de repulsión intestinal con la positiva. Estos dos fluidos, que aisladamente es imposible diferenciarlos, se atraen mutuamente con la misma energía con que sus elementos homólogos se rechazan. J. Macé dice: «Son estas electricidades como dos amigas de género apasionado y bullicioso, que se aburren en el aislamiento y soledad, y no pueden asimismo aguantarse, pero que se buscan anhelosas y abrazan con alborozo y estrépito al encontrarse en estado tal de comunicación íntima que permanecen después tranquilas, completamente inactivas al parecer sin revelar por ningún indicio el irresistible empuje de su ira.»

Para electrizarse un cuerpo bastará descomponer el fluido neutro, separar á las dos amigas y dejar una de

ellas aprisionada en la estrecha cárcel de aquel cuerpo.

Otros, en vez de admitir dos especies de electricidad y un fluido neutro, admiten un solo fluido activo ó en otro, según los cuerpos le contengan en exceso ó en menor cantidad de la carga ordinaria. El cuerpo electrizado positivamente ó por exceso es como un estómago repleto y próximo á reventar, que se lamenta de su hartura y envidia la dicha del hambriento; y el electrizado negativamente, estómago vacío que suspira por lo mismo que el otro aborrece y detesta. De aquí la repulsión individual intestinal, la atracción recíproca inevitable y el equilibrio apasionado y bullicioso de ambas electricidades, momentáneamente y con esfuerzo separadas y por otra causa cualquiera reunidas otra vez.

Esta fuerza misteriosa, llamada electricidad es el asunto predilecto de la ciencia. Ya no nos estasian sus efectos de luz, que antes creíamos resplandores celestes; ni nos aterra sus fenómenos mecánicos castigo de los dioses; ni menos sus detonaciones, ecos de su cólera; hoy está bajo del escabelo científico para utilizarla en nuestro provecho.

La ciencia ha arrebatado, los rayos á Júpiter; el para rayos atrae la electricidad de las nubes encadenándola hasta hacerla sumergir al fondo de la tierra. Todo es maravilloso en el mundo de la electricidad; se habla más de prisa por la electricidad que por el sonido; por ella nos hemos unido todos los hermanos del mundo civilizado, por medio de un lazo que acorta de un modo sublime las distancias. Nuestros corazones pueden latir unisonos con los del Nuevo Mundo; podemos contactar mutuamente las pulsaciones de su actividad social.

¡Cuántas armonías en la naturaleza! Vibraciones infinitesimales de origen dudoso se transmiten por medio del «éter», de ondulación en ondulación, hasta los últimos confines del Universo. A los paroxismos solares acompaña una excitación de la virtud magnética de nuestro globo, merced á la cual se elevan por los aires hasta la bóveda misteriosa escalas de luz denominadas por los sabios auroras boreales.

Desde el día que nuestros pensamientos volaron por el espacio en alas de la electricidad, el espíritu humano puede vanagloriarse de dominar el espacio y el tiempo sobre la tierra.

— MANUEL ESCUDÉ.

MISCELANEA.

El tío Narices y Chupacandiles.

Referiremos brevemente lo que

ocurrió al rey Carlos III, de España, con un muchacho, al cual el monarca pensionó ó dió carrera.

Sabido es que el mencionado soberano era por el extremo aficionado á la caza. Vestía un traje de paño, entonces llamado de «color de corteza», de la cabeza hasta los pies, porque hasta los botines eran del mismo color, y cubriase con un tricorno sin presilla ni adornos. Más de una vez, al bajar del coche entre los acordes de la marcha real, veíasele con dicho traje y un par de perdices en la diestra mano. Por manera que quien no le conociese seguramente le supondría más que rey, uno de los criados de aquel.

Una hermosa mañana de invierno, cazaba Carlos por el monte de el Pardo, y adelantóse á la comitiva. Por el cuartel ó distrito que el rey elegía para cazar á nadie se le permitía el paso, y un guarda, que tuvo imprescindible necesidad de separarse de su puesto momentáneamente, encargó á su hijo, muchacho de unos diez años, que se había criado con sus abuelos y acababa de llegar á vivir con su padre, mientras él regresaba, á nadie dejase pasar.

Apénas volvió el guarda la espalda, apareció el rey, y al ver al muchacho en tan poco regio traje y lleno de polvo, le dijo:

— ¿Adónde va usted?

— ¡Toma! ¿No lo ves? A pasar.

— Pues no se puede.

— ¿Cómo que no?

— No, señor; ni usted ni nadie me ha dicho mi padre, que es guarda, que, mientras vuelve, no deje pasar á nadie.

— Pero yo sí podré.

— ¡Pues ya! Y que lo supiese el tío Narices!

— ¡Calle! ¿Y quién es el tío Narices?

— ¿No lo sabe usted? El rey; me lo ha dicho mi abuelo.

¡Hombre! ¿Y tan malo es el tío Narices?

— No, señor; dice mi abuelo que quien le hace malo para esta de la caza es el tío Chupacandiles.

— ¡Chiquito! ¿Y quién es el tío Chupacandiles?

— ¡Pues usted no sabe nada! El duque de Arcos, el ballestero mayor.

En esto llegó la comitiva, que no iba á mucha distancia del rey, el cual, dirigiéndose al ballestero mayor, que iba á la cabeza, díjole sonriendo:

— Algo has tardado, Chupacandiles.

Naturalmente, el aludido se limitó á fruncir el ceño, porque era el rey quien hablaba, el cual á seguida dijo:

— No te ofendas, amigo, que si te llamé Chupacandiles, á mi mailla-